

indio en todo su vigor. Huye del contacto de los blancos, á los cuales considera como usurpadores que le han arrebatado su tierra. Hasta le agrada aislarse de los hombres de su propia raza. Es anacoreta por gusto: es, pues, antisocial. Tiene pocas necesidades: es, pues, un obstáculo permanente para el progreso.

Diógenes, arrojando su última jícara, es superado por el indio, porque el desprecio cínico que aquel filósofo griego profesaba por todo lo que no juzgaba absolutamente indispensable para la vida, no era mas que una ostentación, un medio de atraer sobre sí la atención del pueblo, un deseo de singularizarse; mientras que en el indio ese desprecio es natural é instintivo. No se despoja de sus necesidades por la fuerza de su voluntad: no las tiene, no las comprende. Es indolente y apático, á no ser que sea estimulado, ya por los licores embriagantes, ya por una pasión repentina, tanto mas fuerte cuanto que es rara y de corta duración. ¿Por qué ha de salir de su flemas habitual, cuando no tiene ningún fin que alcanzar? A pesar de esto es laborioso cuando se le obliga á trabajar. Es estóico en el mas alto grado. Sufre sin lamentarse. No teme la muerte. ¿Por qué temerla cuando la vida no le ofrece ningún goce? A toda impulsión, á todo ataque, á toda desgracia opone la fuerza de la inercia *vis inertiae*. Parece dulce y humilde en frente del blanco, pero esta humildad frecuentemente no es sino hipocresía, y á veces sabe vengarse oportunamente. Es de una política excesiva y ceremoniosa, no solo con los que considera como superiores, sino una con las personas de su propia condición. Se liga difícilmente, pero se despega con triste facilidad. Es poco inventivo, pero posee un notable talento de imitación, y una paciencia inagotable. Por esta razón sobresale

en toda industria mecánica, sedentaria y minuciosa. Es de una inteligencia precoz, pero esta parece detenerse prontamente en su desarrollo, aunque tal vez este hecho debe atribuirse á la insuficiencia de la instrucción que generalmente recibe, porque la historia de México nos proporciona varios ejemplos de hombres de la raza indígena que se han distinguido por sus talentos y por sus vastos conocimientos.

Lo que hace suponer, que las facultades intelectuales del indio de ningún modo son débiles, es la facilidad que tiene para penetrar los pensamientos ajenos, porque siempre observa. Ve al través de sus párpados bajados; escucha durmiendo, y esta cualidad, unida á su disimulo, á su taciturnidad y su impasibilidad, lo hacen el modelo de los diplomáticos. Se obstina, no obstante, en su embrutecimiento. Rehusa todo mejoramiento que le venga de parte de los blancos. No quiere deberles nada. Quiere conservar todo su derecho de excusarlos por las infamias sin número que le han hecho sufrir desde la conquista y le hacen sufrir aun hoy. Hasta el catolicismo que se ha visto obligado á adoptar, no es para él mas que un velo cómodo bajo el cual oculta sus antiguas creencias idólatras. La trinidad cristiana sus numerosas vírgenes María y la multitud de santos y de santas le presentan fáciles analogías con sus dioses, vencidos pero no muertos. Además, la idea fundamental de la religión de los aztecas, la virtud expiatoria de la sangre derramada sobre los altares, se encuentra íntegra en el catolicismo por su doctrina de la sustitución. En lugar de los sacrificios parciales y humanos, existe allí el sacrificio general del mismo Dios; pero siempre hay sangre, sea que corra de lo alto de los *teocalis*, del terrible *Huitzilopochtli*, sea que gotee de la cruz del Gólgota

ó que se vierta en el incruento sacrificio de la misa.

El indio quiere permanecer indio con la plenitud de sus costumbres, con la plenitud de su envejecimiento, pero también con la plenitud de su odio contra el blanco.

Para probar con hechos la exactitud del bosquejo que acabamos de trazar, solo tendríamos el embarazo de la elección y el sentimiento de no poder extendernos mucho sobre esta parte de la cuestión que tratamos. Nos limitaremos, pues, á citar indistintamente algunos hechos aislados que servirán para poner en claro el verdadero carácter de los indios mansos de México.

#### HECHOS RELATIVOS A LA RAZA INDIGENA.

Aunque, como ya lo dijimos, existe una grande semejanza típica entre los indios de México, las diferentes tribus que de ellos se componen presentan matices particulares que son bien remarcables y algunas veces enteramente opuestos unos á otros, de modo, que los hechos aislados que vamos á exponer con el fin de probar la exactitud de la pintura que hemos hecho de esta raza, no podrán aplicarse indistintamente á cada una de dichas tribus. No tendría un razon de dar á estos hechos una generalidad absoluta; y, como en todas las descripciones que se hacen del carácter de una nación ó de una raza, es necesario admitir tácitamente numerosas excepciones. Un mexicano, verbigracia, que hubiera leído que los franceses son un pueblo inteligente y lleno de *esprit*, no tendría derecho de acusar al autor del libro en que hubiera encontrado semejante calificación, de haberlo engañado, por haber encontrado á centenares ó á millares

de franceses estúpidos y fastidiosos. En este caso, como siempre, las excepciones confirman la regla.

En diferentes épocas los gobiernos de México han excluido á los indios del servicio militar. Esta disposición era una reminiscencia de las antiguas leyes coloniales, que consideraban á los indios como menores de edad; fué dictada también por la necesidad que se tenía de sus brazos para los trabajos de los campos, en los cuales son empleados como peones de hecho, casi bajo las mismas condiciones que lo eran antes los siervos de la Rusia, aunque de derecho sean ciudadanos libres é independientes.

Sin embargo, por la proporción que los indios ocupan en la población mexicana, era absolutamente imposible que esta exclusión del servicio militar pudiera mantenerse, tanto ménos, cuanto que en las guerras civiles y extranjeras, se hacia un consumo extraordinario de soldados. La necesidad fué, pues, mas fuerte que la ley escrita. Esto se ha notado, sobre todo, en 1853 y 1854, bajo la última dictadura del general Santa-Anna, quien á pesar de la ley sobre reclutamiento, basada sobre aquel principio de exclusión, recurria continuamente al odioso sistema de la leva, parecido al de la *press* de los marineros ingleses. Vigneaux, en sus *Recuerdos de un prisionero de guerra en México*, dice, con razón, que el reclutamiento se efectuaba en México, de la misma manera que en el imperio otomano. Desgraciado del hombre joven y bien constituido, quien en la época en que se exigía el contingente de sangre, andaba vagando cerca de los cuarteles, se dejaba coger ebrio en la calle ó daba escándalo en una taberna. Eran agarrados y encerrados provisionalmente; en seguida se les obligaba á declararse conformes con ser soldados, se

gun el procedimiento en virtud del cual se hizo de Sganarelle un médico, á pesar suyo. Si de este modo no se llenaba el cupo, se completaba con sacar de las prisiones lo que allí habia de gente ménos viciosa. Entónces se ponian esposas á todos estos voluntarios, se les ataba con una cuerda de dos en dos como á malhechores, y se les conducia al cuerpo de que debian formar parte.

Es cierto que el triunfo del partido liberal en 1860 habia modificado mucho esta bárbara costumbre; pero la necesidad imperiosa de oponer un ejército considerable á las tentativas hechas por el partido vencido de la reaccion, para recobrar el poder y restablecer en seguida todos los abusos del pasado, y mas tarde, la de resistir á la invasion de la república por el enemigo extranjero, ha hecho que aun este partido haya tolerado á veces la continuacion de una medida que desaprueban así sus principios como sus sentimientos humanitarios.

Por la descripcion que hemos hecho del indio, se concibe hasta qué grado el servicio militar, sustrayéndolo de su aislamiento de raza, y mezclándolo forzosamente con las demas clases de la sociedad, debe serle antipático. Era, pues, indispensable emplear á menudo el engaño y la fuerza, para procurarse reclutas indios; pero por mas que consideremos esta manera de reclutar como indigna de un país civilizado, debemos confesar, sin embargo, en primer lugar, que la suerte del soldado indio, desde el momento en que ingresa á su cuerpo, no es muy desgraciada, sobre todo, comparándola con la vida que habitualmente lleva como labrador; en segundo lugar, que de esta amalgama resulta un beneficio para la sociedad en general.

En lugar de una choza destruida, habita

cuarteles espaciosos y bien ventilados, que casi todos son antiguos conventos; en vez de alimentos puramente vegetales ó insuficientes, su rancho, compuesto de tres comidas diarias, es sustancial, abundante y hasta superior al que se da al soldado europeo; en lugar de simples calzones de manta, de un sayal de lana rayada de diferentes colores, y de un mal sombrero de palma, se viste de uniforme; en lugar de la mugre que comunmente cubre su cuerpo, exceptuando, no obstante, á varias tribus que, como los mayos de Yucatan, los totomacos y otras tribus, se distinguen por el extraordinario cuidado que toman de su cuerpo, se le obliga á un aseo relativo; en lugar de un trabajo penoso y mal retribuido, y que lo ocupa desde el amanecer hasta la noche, por regla general, no tiene mas que de cuatro á seis horas por dia de ejercicio, y recibe, fuera de sus alimentos, un real diario para sus necesidades. Se le permite ademas, siguiendo el antiguo abuso que en vano se ha procurado desarraigar, tener á su lado á la muger, con la cual está, mas ó ménos, casado, y emplear sus largas horas de ocio en pequeños trabajos industriales, que consisten comunmente en trenzar sombreros y en hacer cajetes de hilo, los cuales le procuran beneficios extraordinarios. Es verdad que su situacion es mas triste cuando tiene la desgracia de estar bajo las órdenes de superiores inhumanos, ó que por la penuria del erario se le suprime una parte de su haber; pero aun en estos casos su posicion no es mas infeliz que si hubiera quedado peon, porque con tal carácter depende igualmente de los caprichos de un mayordomo ó de un purgador; allí tambien se halla expuesto á malos tratamientos y á grandes escaseces.

¿Por qué, pues, la desercion ha llegado

á ser en el ejército mexicano un mal epidémico, una plaga que se opone continuamente á su buena organizacion?

¿Por qué el principal cuidado de los oficiales mexicanos es impedir á sus soldados el que se evadan del cuartel?

No es el deseo de mejorar su suerte que les hace desertar, porque, como acabamos de probar, se encuentran comparativamente mejor como soldados, que en su posicion anterior de labradores. Son ademas, por lo regular, demasiado indolentes para pensar mucho en su bienestar material. No es tampoco por cobardía, porque en campaña los casos de desercion son mucho ménos frecuentes que durante la vida pacífica de guarnicion.

El indio deserta porque ama mas que todo su querido aislamiento. Prefiere la última miseria, con tal de sufrirla solo en su choza, á todas las comodidades con que pueda brindarle la sociedad.

Cuando una vez se ha propuesto desertar, nada lograria detenerlo, ni las ventajas, ni las distinciones, ni la adhesion á su cuerpo, ni la amistad de sus camaradas, ni la benevolencia de sus gefes, ni siquiera el terror de los castigos mas terribles.

Se les ha visto desertar en gran número el dia siguiente de una victoria, despues de haber mostrado un notable valor, y merecido elogios y recompensas. Se ha visto á soldados que habiendo servido como ordenanzas ó asistentes durante años, que habian sido colmados de favores por sus oficiales, y considerados por ellos casi como miembros de la familia, abandonarles en el momento en que estos caían heridos ó prisioneros, sin inquietarse de su desgracia.

Hace pocos años, bajo el último gobierno reaccionario, cuando se cogia un desertor, se le daban palos. Se le extendia de-

lante del batallon formado en cuadro, boca abajo sobre un petate; cuatro soldados le tenian los brazos y las piernas extendidas, y los cabos le aplicaban, alternándose en su oficio de verdugos, hasta quinientos azotes y aun mas, mientras que los tambores y las cornetas tocaban incesantemente, para ahogar los lamentos y gemidos de las víctimas.

Naturalmente despues de la ejecucion era necesario llevarlos al hospital; pero á menudo se escapaban de allí mismo todavia todos ensangrentados y apenas capaces de andar. Si se les agarraba de nuevo, el bárbaro castigo se les repetia, pero sin mejores resultados. El gobierno liberal ha prohibido formalmente los palos; pero por desgracia varios gefes todavia hoy los aplican, aunque debieran estar convencidos de su absoluta ineficacia. Hasta la amenaza de ser fusilados no retrae al indio de desertar. Hemos asistido mas de una vez á la ejecucion de desertores, sentenciados á muerte por un consejo de guerra. El reo marchaba entre el piquete con sombría resignacion, sin que su semblante revelara ni temor, ni emocion, sino la mas absoluta indiferencia, y se dejaba fusilar, por decirlo así, maquinalmente. Pues bien, al volver al cuartel, se notaba la falta de algunos soldados, aun de los que habian sido nombrados para tirar sobre uno de sus compañeros. En un país tan accidentado y poco poblado como es México, es difícil alcanzar á los desertores, que ademas encuentran en cada persona de su raza á un cómplice para ocultar y proteger su fuga; pero esta dificultad en algo disminuye, cuando se conoce á punto fijo el lugar que habitaban ántes de ser obligados al servicio de las armas; porque es raro que no vuelvan allá para comenzar de nuevo su vida anterior. Las mugeres sobre to-

do, son las que impulsan al soldado mexicano á la desercion y le proporcionan todos los medios para efectuarla; pero hasta ahora no se ha podido resolver el siguiente dilema: ó se prohíbe á las mugeres seguir á sus maridos ó mancebos, cuando estos son tomados para soldados, y entónces el indio deserta para volver á juntarse con ellas; ó se les permite la entrada al cuartel, y entónces ellas le ayudan á combinar y consumir la desercion.

Pasará todavía algun tiempo ántes de que el ejército mexicano pueda pelear con ventaja contra un ejército extranjero, y la causa principal de esto es el elemento indígena de que en parte se compone, el cual no huye, pero deserta. Sin embargo, el indio se bate con decision en una guerra de castas ó reputada por él como tal. Este es el motivo porque se ha comportado con valor en la primera guerra de nuestra independencia. Las masas despertadas de su sueño secular por el grito que en la noche del 15 de Setiembre de 1810 lanzó el cura Hidalgo en el pequeño pueblo de Dolores, creyeron al principio en un restablecimiento de su nacionalidad india.

Lo que les confirmaba en esta idea era el ver pintada en la bandera la imagen de su vírgen, la vírgen indígena, la que se habia dignado aparecerse milagrosamente á Juan Diego el 12 de Diciembre del año de gracia de 1531 en el cerro de Tepeyac, á cuyo pié se construyó mas tarde el magnífico templo de Guadalupe; fué, en fin, y sobre todo, el nombramiento de esta vírgen para general en jefe contra la de los españoles, la vírgen gachupina de los Remedios. Los indios mostraron entónces valor, heroismo y un desprecio absoluto de la muerte en su lucha contra los blancos, porque esperaban arrojarlos del país conquistado tres siglos ántes por los antepasados

de estos, y restablecer su antiguo imperio. Con Hidalgo la guerra de la independencia comenzó por ser indígena; no se hizo criolla sino hasta mas tarde, sobre todo con Iturbide. Pronto vieron entónces los indios, que no habian hecho mas que cambiar de amos. Es, pues, natural que hayan mostrado tan poco interes por las luchas de partidos que posteriormente han ensangrentado á México.

Después de un triunfo de los conservadores, así como de uno de los liberales, el indio siempre ha quedado en la misma condicion, virtualmente sin derechos políticos ni sociales, es decir, un sér que se considera como un pária, apenas dotado de razon, porque aun hoy se les oye decir con una humildad tan ingenua como horrible: *No somos gente de razon!* una máquina para labrar los campos, una bestia de carga, un blanco para la metralla! Por este motivo los prisioneros de un partido frecuentemente se han dejado alistar, sin hacer la menor oposicion en las filas del partido opuesto, defendiendo con la misma indiferencia, hoy la reaccion y mañana el progreso, y gritando con el mismo entusiasmo, ó mejor dicho, sin entusiasmo alguno, hoy: *Viva la religion!* y mañana: *Viva la libertad y la reforma!* Algo, aunque no mucho, cambió esto en la última guerra contra los franceses, en la cual tambien soldados indígenas han dado muestras de decidido patriotismo. Pero todavía en 1864 muchos indios se dejaron conducir por sus amos, los propietarios de las grandes haciendas, á los caminos por donde debia pasar el nuevo emperador, saludándolo, segun se cuenta, con el nombre de uno de sus antiguos dioses, *Quetzalcoatl*, que era blanco y que debia regresar del Oriente como un Mesías, lo mismo que lo habian hecho, pero entónces de buena fé,

cuando vieron aparecer por primera vez á Hernan Cortés y sus españoles. Mas todo esto no significaba nada, y creemos que pronto Maximiliano se habria convencido de que no se podia regenerar á una raza embrutecida por largos siglos de esclavitud con solo admitir á su mesa á algunos de sus representantes, con apretar la mano á otros, y con prometerles tomar un profesor para aprender la lengua azteca.

El clero mexicano tiene la pretension de haber convertido á los indios al cristianismo. Si la conversion consiste en dejarse echar unas gotas de agua sobre la cabeza, y en dejarse designar con los nombres del almanaque cristiano; si basta decir en lugar de *Huitzilipochili*, arcángel San Miguel; en lugar de *Tonatiuh* ó de *Tezcatlipoca* Jesucristo; María en lugar de *Tlazoteotl*, y *Coxcox* en lugar de Noé; si se hace uno cristiano por el solo hecho de besar la mano á los padres y de pagarles el diezmo y toda clase de obvenciones parroquiales, entónces los indios de México pertenecen sin duda á la Iglesia católica, apostólica, romana; pero no tenemos mas que levantar el velo que cubre estas vanas ceremonias exteriores, para encontrar en pié toda la antigua supersticion azteca; no hay mas que raspar ese ligero barniz de catolicismo, y la idolatría reaparecerá en toda su fealdad primitiva. Hace pocos años los indios de los alrededores de Cadereyta, cerca de Querétaro, celebraban todavía, y tal vez celebran aún en nuestros dias, fiestas horribles en ciertas noches, ocultándose en las cavernas de la montaña. Uno de nuestros amigos sorprendió en 1837, cerca del pueblo de Jilotepec, á tres leguas de Jalapa, á una reunion de indios ejerciendo funciones religiosas segun sus antiguos ritos. Tres de ellos, enteramente vestidos de blanco, oficiaban como sacerdotes, aunque

la víctima que sacrificaban sobre un altar de piedra, solo era una paloma blanca.

En el Estado de Oaxaca la creencia de una resurreccion en carne y hueso y de un regreso al mundo, después de un sueño de algunos siglos, hallándose entónces purgada esta tierra de la presencia de los blancos, es tan viva entre la mayor parte de aquellos indios zapotecos, que entierran su plata para volverla á encontrar intacta, y que no descubren los escondites donde la tienen guardada, ni siquiera *in articulo mortis*, ni á sus propios hijos, ni á sus confesores, que en vano los amenazan con todos los horrores del infierno.

Las sumas que así han desaparecido de la circulacion solo en aquel Estado, desde el fin del siglo pasado hasta esta época, son incalculables, porque los indios que van á vender los productos de sus campos, las frutas, la vainilla, el anís y la cochinilla en los mercados de las ciudades, sacando en esta venta bastante dinero, no emplean de sus compras sino una pequeña parte de este, regresando con el resto á sus tierras, sin que jamas se vuelva á encontrar vestigio del mismo. Por mas que uno les explique las ventajas que sus hijos sacarian de esas riquezas, responden invariablemente: que estos trabajen como han trabajado ellos mismos. Aun cuando se deciden á veces á hacer un gasto, no saben gozar de él. Conocimos cerca del pueblo de Ixtlan, patria de D. Benito Juarez, á una india anciana que se habia hecho construir una magnífica casa de cal y canto, pero que, á pesar de esto, continuaba habitando su pobre choza.

Se comprende que el culto teatral del catolicismo haya seducido al indio; pero ni este culto lo ha adoptado, sino después de haberle agregado ceremonias de sus antiguas creencias. Al ver la mayor parte